

Tossal de Zaragoza (Sierra Engarcerán)



Las falsas noticias y bulos no han llegado a este mundo ayer. Sí, han existido siempre, y la pesimista viñeta que encabeza esta crónica también lo fue. El propio Quino tuvo que desmentir ser su autor, arguyendo que la protagonista, nuestra / su querida Mafalda, fue creada como niña emprendedora, incapaz de abandonar a sus amigos, que éramos todos, y con la voluntad de poner su pequeño grano en el logro de la felicidad.

Pero meses como este noviembre a muchos nos ha traído este fugitivo pensamiento a la cabeza. A las terribles inundaciones con tantas vidas arruinadas y tantas vidas perdidas se añadía en nuestro pequeño mundo el final de la enfermedad de nuestro compañero José Antonio Doñate quien tantas excursiones ha llenado con su bonhomía y cordialidad, sin por ello olvidarnos de los odositas próximos, con viviendas y trabajo en los pueblos arrasados a los que las aguas asilvestradas tan intensamente han perjudicado.

Como Quino quería que Mafalda actuara, teníamos que hacer cosas para mejorar el mundo, no bajarnos de él, y eso invitaba a programar una excursión de las buenas de principio a fin, y para ello, qué mejor que Castellón, su Plana Alta, y alguno de los barrancos de la Sierra Engarcerán, para conjurar lo que de negativo tiene hoy esa denominación orográfica y amigarnos de nuevo con nuestro territorio.

Pese a las ausencias de algunos habituales senderistas y gracias a la incorporación de los más recientes llegados, que nos han declarado su intención de reincidir, el sábado 30 de noviembre salimos treinta y cuatro odositas de Valencia, para recoger tres más en Castellón, y tras una breve parada en Los Rosildos para un café, trasladarnos a las afueras de Sierra Engarcerán. A los estudiosos del clima les informamos de que era día despejado, sin vientos, y con temperatura que fue subiendo desde los 13º hasta los 20º C.

Tras un inicio común, con no mucho orden, reconozcámoslo, se formaron dos grupos, uno con meta volante en el Tossal de Zaragoza, 945 msnm, y otro que con el mismo destino final acortaba unos dos kilómetros la llegada al punto de encuentro donde nos esperaba el autobús.

Los primeros recorrían el Barranc de la Roca Roja, que por su orientación este – oeste y la sombra que le arroja el Pico Espaniguera (1088 msnm) lo asemeja a cualquier barranco bajopirenaico, al permitir que se cubra con vegetación exuberante, pinos, arbustos y musgo en cada una de sus piedras. La discusión sobre si las obras de fábrica que periódicamente interrumpían su curso eran banales para un mejor aprovechamiento agrícola o pequeñas presas de laminación quedó sin resolver, pendiente para una próxima visita.

Los segundos por su parte, rozando apenas otro barranco, el de la Guitarra, disfrutaron de los paisajes que desde la media ladera se exhibía a mayores distancias, que impedían recordar anteriores excursiones como la del barranco de Teulería.



Despejadas las dudas sobre la integridad del grupo que aquel inicial desorden nos había causado y garantizado tras sucesivos conteos que nadie se quedaba en los montes, fuimos al restaurante La Perdigana, del que ya somos clientela habitual, a reponer mediante densa y sabrosa olleta y un segundo de carne y embutido a la brasa, que pocos cambiaron por emperador, el colesterol quemado en las subidas y bajadas ya en ese momento totalmente y para bien, asimiladas.

Hubo cola para entrar en Valencia. Bueno, y qué.

